Buenos Aires -- 20/X/90

Querida Griselda, todavía estoy bajo el hondo impacto emocional que me produjo tu llamada telefónica. La carta te la dirijo a tí, pero en realidad voy a hablarles a ambos. Quisiera hacerlo sin que una sola palabra esté demás ni de menos, sin que intervenga en ello otra cosa que un profundo afecto humano y una percepción abarcativa de toda la situación en que ambos están involucrados. Es inevitable que me refiera a Krishnamurti, puesto que no puede ser en vano que durante años los dos se hayan interesado seriamente en 'eso'. Desde luego, no se trata de aplicar fórmulas 'krishnamurtianas' a retos existenciales, sino de tener en mente (no en la memoria) lo sustancial que pueda haber decantado de lecturas, diálogos, reflexiones, cartas, exploraciones compartidas por ambos.

Amigos, la crítica situación matrimonial que están viviendo no se diferencia, lamentablemente, de la que vivieron y viven millones de hombres y mujeres que en toda su vida jamás se interesaron en otra cosa que en "pasarla lo mejor posible". Lo que K llamó la corriente del egocentrismo, conlleva inevitablemente estos conflictos, y salvo que los dos integrantes de una pareja humana se hayan salido por completo de esa corriente, tienen que enfrentarse a estas y otras crisis de convivencia. Eso está claro: la crisis aparece tarde o temprano en uno o en los dos. Pero una cosa es que la crisis aparezca y sea resuelta o no por quienes sólo se han preocupado en su vida de "pasarla lo mejor posible", y otra cosa muy diferente es que una crisis de pareja deba ser afrontada por seres cuyos ojos han mirado --se supone-- mucho más lejos y más en profundidad el panorama de la vida y de la muerte --una sola cosa.

Ustedes no pueden tomar las cosas del mismo modo que esos millones de parejas que hoy pueblan este mundo y los consultorios de los psicólogos, con hijos mentalmente afectados por los conflictos 'amorosos' de sus padres. No hay derecho. Y no lo digo por los hijos solamente, sino por todos los factores implicados, de los cuales los hijos forman parte. De algún modo, lo perciban o no, ustedes han hecho contacto con 'algo'. Y eso nunca es 'porque sí', nunca es gratuito; no se pueden generar relaciones de amor o de amistad a la luz de 'eso', y después proceder movidos solamente por las habituales apetencias físicas y psicológicas que constituyen el oscuro basamento egocéntrico colectivo que ha hecho de este mundo lo que hoy es. No se puede. Así de sencillo. Un hombre y una mujer que han recorrido lo que han recorrido ustedes --incluyo todo lo vivido y sufrido, todo lo soñado, lo luchado juntos, la decisión de viajar al otro lado del mundo, el nuevo ambiente, el idioma extraño, las dificultades compartidas, los hijos... y rodeando todo eso como una invisible malla protectora, la enseñanza de Krishnamurti-- cuando se ha construido tanto por dentro y por fuera, no se puede dejar que un viento de los sentidos o de las emociones personales arrase con todo. Y que todo se reduzca a, "ya no te quiero", "ahora quiero a otra persona", "ella me satisface más que tú, ella llena mejor 'mis' necesidades particulares", etc., etc. El patrón se repite, es siempre el mismo: 'yo' y 'tú', 'lo mío' y 'lo tuyo'...

Ojo, no me estoy poniendo en moralista ni nada parecido. No nos confundamos. Digo simplemente que el mismo patrón que funciona habitualmente para millones, no puede funcionar para dos seres humanos sensibles e inteligentes que, entre otras cosas, se enamoraron y formaron una pareja humana en las condiciones en que ustedes lo hicieron. ¿Pero es que no se dan cuenta de lo que eso implica? Están a tiempo. Los juegos complicados del sexo con todas sus variantes, deben verse como lo que son. Si tienen que vivirse esas experiencias con toda su carga de euforia momentánea, con todas las ensoñaciones de la mente y del cuerpo, con su dominación mutua, su supuesta 'protección', su exclusión, y toda la secuela que acompaña siempre los apasionamientos amorosos, pues se viven y se agotan (porque tarde o temprano se agotan). Pero lo otro, eso que nació, floreció y se fue desarrollando entre ustedes --soy testigo viviente de ello-- eso tiene que cuidarse, tanto y más que los propios hijos. Aunque los vientos soplen fuerte, aunque el techo amenace derrumbarse... esa casa tiene que cuidarse con la vida. Los dos tienen que cuidarla.

Vean, amigos queridos, no puedo ahondar demasiado en el tema así por carta. Habría mucho, muchísimo que investigar más alla de las palabras y los eternos recursos de la mente. No subestimo la existencia de la tercera persona involucrada, otro ser humano con sus propias necesidades, sus sueños, sus proyectos de vida, sus hijos... Pero aquí se trata de "otra cosa". Ustedes son responsables por esa otra cosa. No se trata de 'ganar' nada ni de 'perder' nada, no se trata de 'renunciar' a nada, de 'sacrificar' nada. Se trata de ver todo el panorama, no sólo un rinconcito. Entonces las cosas, por sí solas, sin que nadie tenga que esforzarse en pro ni en contra de nada, ocupan cada una el exacto lugar que les corresponde. Y cuando eso ocurre, no hay fuerza en este mundo que pueda sacarlas de lugar. Precisamente, por no ver todo el panorama, por mirar un pequeño rincón aislado, ese rincón se ha agrandado enormemente en la conciencia; y entonces las cosas se han salido de lugar, están mezcladas, confundidas.

Es relativamente fácil 'leer' a Krishnamurti, discutirlo, criticar a los que no lo entienden, a los que lo tergiversan... Pero ahora hay un reto, un gran reto para la conciencia bloqueada. Y ese reto debe ser afrontado. En eso está el secreto, no en los libros, no

en los videos, en los casetes de K. Ahí, donde todo el ser personal enfocado en el rinconcito ávido grita, ¡Quiero eso!, y la mirada inteligente, afectuosa, abarca todo el panorama —el 'quiero eso' inclusive— y, sin que uno elija entre dos opciones, de ello surge la acción correcta. La única humana.

Pero claro, todo esto es teoría pura para quien está embarcado en lo que tú estás, querido Carlos. Digo sencillamente lo que siento tiene que decirse, sin pretender para nada influir ni torcer los acontecimientos que han de seguir su curso irrevocable —el curso que ya han seguido donde el tiempo no alcanza. Es un curso que nada puede cambiar, pero no sabemos cuál es en definitiva. Y todo esto, inclusive lo que intento decir, forma parte de eso que ya es. ¿Se entiende? Lo dudo.

El caso es, Griselda, mi buena y querida amiga, que las estás pasando muy mal; pero estás 'aprendiendo' mucho. Ojalá Carlos, que aparentemente las está pasando muy bien, pueda 'aprender' también de ello. Aunque es difícil. Aprenderá, quizás, cuando también le toque pasarlas mal. ¿Es necesario que sea así?

A través de los años he recibido de ustedes —fundamentalmente de Carlos— alguna que otra carta y varios casetes (tanto desde Rosario como desde Canberra). Sobre todo en los casetes se me habla, aparte de lo anecdótico, de cosas importantes, profundas, relacionadas con la más extraordinaria enseñanza de vida que haya conocido esta humanidad. ¿Puede eso que, supuestamente, era la base vital y verdadera de nuestra amistad, puede eso estar por completo divorciado de la cotidiana vida de relación? ¿También aquí era un mero juego de entretenimiento, una cosa abstracta, verbal, sin valor alguno en la existencia real? De un lado, un cuadro de lindos colores colgado en la pared, y del otro lo que realmente interesa y mueve sentimientos, pensamientos, emociones, e involucra la vida toda de uno mismo y de quienes nos rodean, incluidos nuestros hijos. O s[illegible] del otro lado —el que se vive y se muere todos los días— el 'yo' con sus viejas y t[illegible]dicionales apetencias del cuerpo y de la mente.

No se puede, una vez que se ha establecido contacto con 'aquello', vivir de la misma manera que antes, a la eterna deriva de esa corriente egocéntrica. Hay altibajos, es verdad, se tropieza, se cae, hay siglos y milenios que tienden garfios desde las profundidades de nuestro inconsciente colectivo, pero para algo dio uno con eso que constituyó —hasta hoy— la médula vital de nuestra amistad. Querido Carlos, ¿de qué hablabas en tus casetes, de qué hablabas cuando venías a visitarme en esta casa desde la que les escribo? 'Krishnamurti' es una palabra como cualquier otra; significa 'algo' o no significa nada. ¿Significa realmente algo cuando el reto se presenta, como esta vez? ¿Significa algo ahora? En una situación como la que estás viviendo, lo que importa es la clase de relación que estableces, no con la persona que atrae hoy tus apetencias biológicas y psicológicas, sino con la persona que durante tantos años de vida entrañable ha compartido contigo todo cuanto un ser humano de carne, mente y corazón puede compartir con otro. No porque sea tu 'esposa', ni 'la madre de tus hijos' y cosas por el estilo. Sino por 'algo' que los excede a ambos con sus inevitables limitaciones, y los convierte verdaderamente en seres humanos. Escuchen a la vida. Los días fluyen vertiginosamente, y los meses, y los años. Y se acabó. No den la espalda a lo único que ha echado cimientos inmunes al tiempo, protéjanlo, pongan en ello toda la energía de que sean capaces. S[illegible] de qué les hablo. Frente a ello, las desavenencias, las reacciones de la cotidianeidad, las tonterías personales, los pro y los contra del convivir, del acostarse y levantarse juntos cada 24 horas, todo eso es polvo y nada librado a sí mismo. Ustedes no, por Dios, dejen que la inteligencia opere, dénle un espacio, no permitan que el pensamiento con su 'yo' lo ocupe todo.

No sé, querida Griselda, qué vas a decirme en tu casete, ni sé qué me dirá Carlos en el suyo (tanto pedirme y esperar mi libro, y ahora ni siquiera ha terminado de leerlo). Me he adelantado a ambos, y te escribo estas líneas —también para ambos— donde intenté expresar algo muy, pero muy difícil de expresar en palabras. Por favor, si en verdad me estiman humanamente, lean estas líneas tratando de suplir lo que las palabras no dicen.

Yo te abrazo, Griselda, con todo el afecto que te tengo, y te digo que he recibido en pleno corazón las palabras con que te despediste de mí por teléfono. Y a Carlos, el mismo afecto aunque por otros cauces algo diferentes. Por favor, no se contagien de la epidemia que hoy asuela el mundo del sexo y de las parejas. No sean tontos, dicho esto con el corazón.

Vuestro,

Conrado

Buenos Aires — 24/01/91

Ayer en la tarde recibí tu correspondencia, querida Griselda; por la noche escuché los casetes y hoy te contesto, aunque sin saber muy bien qué decirte. Mientras tanto, los locutores y comentaristas vocean desde la radio y la TV noticias de horror sobre la llamada "Guerra del Golfo", la más reciente particularización de la única e interminable guerra que la humanidad viene sosteniendo consigo misma desde el principio de los tiempos... Y uno se pregunta: ¿Qué otro aporte puede hacer un ser humano a la paz y cordura del mundo, que generar en su mente y en su corazón un espacio de paz y de cordura, el que luego puede proyectarse a los seres con los que se relaciona en su existencia --padres, hermanos, esposo o esposa, amigos, hijos...? Si uno mismo es un permanente campo de batalla, ¿qué paz puede haber ahí afuera? Ni siquiera la paz de la naturaleza, cada vez más amenazada, cada vez más agredida. Ustedes han tenido la suerte inmensa de ir a un país donde la naturaleza aún se mantiene --creo-- inmune a la voracidad del hombre, donde la población ni siquiera sufre el embate de las guerras políticas y económicas que padece en otros países, por ej., la Argentina. ¿Por qué, entonces, introducir en ello nuestras pequeñas guerras particulares, las guerras de los deseos, de las imágenes, de la búsqueda incesante de seguridad psicológica, de placer, de conquista, las guerras de los egos en constante pugna por prevalecer, por dominarse unos a otros...? En resumen, ¿qué piensan hacer de sus vidas, amigos queridos?

Aunque a veces use el plural, querida Griselda, creo estar perfectamente claro acerca del papel que a cada uno de ustedes le corresponde en el psicodrama que están representando y padeciendo, pero esta pluralización tiene un sentido que va más allá de las culpas o responsabilidades 'personales'. Si pudieran verlo así, muchas cosas cambiarían de la noche a la mañana. Es curioso, a pesar de la preparación mental que ambos han tenido para poder afrontar ciertas catástrofes internas de otra manera más total, más plena, cuando llegó el momento los dos se fragmentaron, cada cual en lo suyo (independientemente de quién sea 'la víctima' o 'el victimario').

Esto te lo digo con todo mi afecto, amiga. No es cuestión de que "el lugar de Carlos está aquí, junto a su familia". No, por Dios, no pongamos esos rótulos pétreos sobre la vida inmensa y cambiante que nos toca vivir: 'yo', 'él', 'su familia'... 'su lugar es éste y no el otro'..." ¿Qué es "la familia" sino un grupo humano aglutinado en torno a ciertos parámetros fijos y aceptados: 'el padre, la madre, los hijos, los abuelos, los nietos...' Desde luego, <u>puede</u> ser otra cosa, pero sólo si los pilares que sostienen al grupo humano están arraigados en lo creativo, en una inteligente percepción y realización del vivir. Pero esto nunca es gratuito. Requiere una cooperación intensa y vital de parte de quienes están en condiciones adecuadas de madurez biológica y psicológica. Se supone que, en cierto modo, ambos lo estaban, lo están. ¿Entonces? ¿Por qué analizar una y otra y otra vez la situación encerrándose ambos en un círculo del cual es difícil salir realmente? ¿No es posible zafarse de eso, subir unos cuantos peldaños y ver las cosas desde una perspectiva por completo diferente?

Cuidémonos sobre todo de las palabras. La palabra puede ser una llave que abre, pero también puede ser una llave que cierra. Ese mundo de palabras que nuestro cerebro proyecta sobre la realidad, suele fabricar su realidad propia a la que terminan por ajustarse nuestros pensamientos y acciones. Cuanto menos palabras, mejor. Las imprescindibles para comunicar <u>hechos</u> que la mente percibe por contacto directo. Menos intrincaciones psicológicas, menos perderse en explicaciones, que a su vez requieren más explicaciones. Hechos. Las cosas <u>ocurren</u>, y 'nosotros' formamos parte de las cosas que ocurren. Veámoslo así si es posible. No permitamos que el pensamiento esté siempre creando un centro personal que luego, siendo pensamiento psicológico cristalizado, se adjudica a sí mismo el papel de protagonista principal y decisivo de los acontecimientos. Y es sólo un acontecimiento más en medio de lo que ocurre. <u>Ver lo que ocurre</u>, verlo realmente, es el secreto del conocimiento propio. No analizarnos, no ahondar, conclusión tras conclusión, en las presuntas motivaciones de nuestros actos. Esto puede ayudar, sí, pero en un campo muy limitado; jamás llega a las profundísimas y verdaderas raíces de las causas que hacen de nuestra vida un campo de batalla particular en medio del enorme campo de batalla en que se ha convertido el mundo. No nos aislemos de esa humanidad a la que aportamos minuto a minuto nuestras semillas. Veamos más bien qué clase de semillas estamos lanzando a la humanidad que luego nos devuelve con creces nuestra siembra.

Por favor, Griselda, no veas en este modo que hoy tengo de encarar el problema de ustedes, una actitud demasiado impersonal y abstracta de mi parte. No se me escapa la dosis de dolor personal, de padecimientos entrañables que todo esto genera en tí y en Carlos, así como las derivaciones en cuanto a Gustavito y Natalie. Pero creo que es el momento de imprimir un cambio de rumbo drástico a la manera de encarar las cosas por parte de ambos. Yo no sé si alguna vez Carlos podrá cambiar su manera de ser, sus arrebatos de violencia, sus necesidades compulsivas de escape pasional donde logra fabricarse mundos románticos que le hacen aparentemente más llevadera y soportable una vida a la que <u>teme</u> en lo profundo. No lo sé. Tal vez sí, tal vez no. De lo que estoy seguro es que, con <u>esta</u> manera de pensar y sentir, tal cambio se ve prácticamente utópico. Y tú, mi queri-

da Griselda, no sé si podrías sobrellevar a su lado una vida en estas condiciones. Tal vez sí, tal vez no. De lo que estoy seguro es que, con esta manera de ver las cosas, no vas a poder. ¿Qué se hace, entonces? ¿Vale la pena subir esos peldaños y verlo todo desde una perspectiva diferente? Es probable que así las cosas cambiaran por completo y naturalmente sin que ustedes tuvieran que esforzarse. De otro modo, bueno, quizá logren salir del pozo actual y venga un período de relativa bonanza más o menos corto o largo... Pero si las profundísimas raíces causales permanecen intactas, la recurrencia es inevitable. En tu casete, Griselda, a los pocos minutos de afirmar, "el lugar de Carlos está aquí, junto a su familia", te oigo decir, "no sé si quiero que Carlos vuelva a mi lado..." Hay temor, es lógico. También declaras una y otra vez tu hondo afecto por Carlos, afecto que, al parecer, ha permanecido extrañamente inmune a todos los sucesos que afectaron vuestra vida en común. Creo que ésa es una base poderosa y firme para intentar, los dos, algo nuevo, algo creativo, algo que debe nacer ahora con la decantación de todo lo vivido hasta hoy. No se puede volver al pasado, no se puede crear nada con lo viejo. Esto es lo que tienen ahora, y siento profundamente que con esto es posible generar algo nuevo. Reitero, cuando digo 'esto' me refiero a todo lo que han compartido ambos —la vida y muerte de cada día. No los recuerdos de eso, no la memoria. Es un material riquísimo, de un valor incalculable. No lo desperdicien en cavilaciones introspectivas con base en el pasado, en juegos de la mente que hoy sirven y mañana no sirven según las circunstancias. Es preciso crear algo estable, algo que las circunstancias futuras, cualesquiera que sean, no puedan afectar.

Tanto en mi carta anterior como en la conversación telefónica que Carlos grabó, es posible que yo haya hecho más hincapié que ahora en el aspecto personal, y es posible que eso dé la impresión de un afecto más tangible en relación con mis amigos. Pero no es así. El afecto busca cauces para expresarse, para comunicar lo que la mente y el corazón perciben. Uno puede expresarse por momentos con palabras que suenen más 'viscerales', pero si eso no viene incluido en un contexto holístico, más abarcativo de lo humano profundo e impersonal, tales palabras terminan por diluirse en gratificadoras pero inoperantes vivencias emocionales. Y es sólo una acción inteligente la que puede dar aquí una respuesta apropiada, efectiva, real. Lo 'inteligente' no excluye, desde luego, lo personal cotidiano, pero lo incluye como una parte, sólo una parte, de su estructura humana total. Es importante lo que 'yo' sufro, lo que 'yo' quiero o no quiero, lo que 'a mí' me pasa... es importante, sin duda. Pero no tan importante como solemos pensar. Lo importante es saber observar, y en la pura observación saber discernir lo verdadero de lo falso. Ahí está la clave. ¿Cuánto de lo que ocurre es verdadero en lo que 'me' concierne, cuánto de ello es falso? Aquello sobre lo que cavilo, y sufro, y saco conclusiones, y defino, y califico bien o mal, ¿es realmente tal como se revela en la conciencia confusa? El fragmento ilusorio que soy yo —el 'yo'— ¿está en condiciones de juzgar, de sentenciarse a sí mismo o al otro? Y si no lo está, ¿de qué vale insistir una y otra vez en el mismo rumbo? ¿Puede realmente eliminarse lo ilusorio del panorama? Para eso sería necesario antes ver lo ilusorio como ilusorio, y lo real —'lo que es'— como real. No basta, pues, sentarnos el uno frente al otro y decir: dialoguemos. Las bases que sustentan el diálogo tienen que cambiar para que el diálogo sea una exploración verdadera en el vivir. De otro modo, todo lo que manejamos a nivel verbal se vuelve una abstracción; y lo ilusorio que nos destruye como seres humanos, pasa a ser lo único real que exprimentamos en nuestro corazón, en nuestro cerebro, en nuestra sangre. Pensamos hermosos pensamientos acerca de lo verdaderamente real, pero vivir vivimos exclusivamente de lo ilusorio que impregna nuestro ser cotidiano con sus deseos, sus compulsiones, sus logros y fracasos, sus apetencias físicas y psicológicas.

No sé si esto que se escribe es claro para tí, querida Griselda. Espero que sí. Y que también lo sea para Carlos. Es que, dicho ya lo que te dije en mi anterior, y lo que puedo haberle expresado telefónicamente a Carlos, y siendo la situación actual de ustedes la misma, con respecto a eso específicamente no es mucho lo que puedo agregar. Tú me dices que esperas mi respuesta y que ella es importante para tí. De modo que, dicho ya lo anterior, sólo me resta agradecerte muy, pero muy hondamente, la calidez, el particular afecto que trasciende de tus palabras y de tu voz, afecto al que correspondo en plenitud. Me ha emocionado mucho ese momento del casete en que hablas de "magnetismos, afinidades, etc." y expresas, con total apertura del corazón, un sentir de inmensa delicadeza personal. Llegó cómo y dónde tenía que llegar. También es particularmente conmovedora la tierna referencia que haces a Elvira. Muy bello. Gracias también por eso. He escuchado con profunda participación de todo el ser lo que relatas en cuanto a tus padecimientos, esperanzas y frustraciones de la relación con Carlos. Yo sé que eso tiene solución, una solución real, percurable. Pero son ustedes quienes tienen que encontrarla. De nada valen 'consejos' (siempre tontos) y 'frases hechas' o dichos de algún otro acerca del amor, de la libertad, etc. Es uno el que sufre, y es uno el que tiene que encontrar la verdadera salida a su dolor. Puede ayudar, sí, el escuchar ciertas cosas, porque ese escuchar es una acción interna individual cuyas reverberaciones coadyuvan a la comprensión de los hechos. Por eso leer a K puede ayudar... y tal vez las palabras de un amigo también puedan cooperar en cierto modo. Pero la acción tiene que ser individual y creativa. Ustedes son los que tienen que cooperar el uno con el otro, salirse de 'sí mismos', de sus imágenes propias, de sus particulares 'balances' valorativos con respecto a lo 'justo' o 'injusto' que les ha tocado en suerte. Aquí hay que romper algo, Griselda amiga, romper un viejo y deteriorado (por los milenios) patrón de

pensamiento y sentimiento. Y uno sabe profundamente que eso está ahí, al alcance de la mano de ambos. Pero no así, no del modo en que han venido haciéndolo hasta ahora. ¿Van a aceptar el reto? Sé que es difícil, que requiere mucha, muchísima energía psíquica. No la malgasten, entonces, cúidenla, protéjanla. Eso sí que es digno de ser protegido, no las pertenencias psicológicas de nuestros 'yoes' particulares.

En fin, no puedo 'releer' los casetes como se hace con una carta. Seguro que muchas cosas han quedado sin respuesta. Ah! recuerdo que me pides te explique lo de la "neurosis" que al parecer mencioné en mi conversación telefónica con Carlos. Ignoro en qué contexto y con respecto a qué lo dije, por lo que me es imposible aclararlo. De cualquier modo y en general, son muy pocos, poquísimos los que en este mundo se salvan de la neurosis en mayor o menor grado. Toda acción psicológica con centro en el 'yo', es neurótica; el 'yo' es el origen de la neurosis. Sin ese 'yo' autoprotector, siempre defendiendo o atacando, no hay neurosis posible. Con ese 'yo', es imposible que no haya neurosis. Eso nos toca a todos sin excepción. Quien crea estar completamente libre de neurosis, es porque cree estar por completo libre del 'yo'.

Te abrazo, querida Griselda, tierna amiga, con el más delicado y entrañable de los abrazos. Mi afecto para Carlos y besos a G. y N.



P.D.
Casi todo lo que intento decir aquí, es válido también para Carlos. Dudo que después de escuchar su casete, pueda decirle algo más que lo que aquí expreso, puesto que más o menos me dio a entender su contenido cuando hablamos por teléfono. Cualquiera que sea específicamente ese contenido, no creo que altere el nudo esencial del problema. De modo que esta carta abarca también la respuesta a ese casete aún no recibido. Una sola cosa: por más que me he empeñado en tratar de entenderlo, no sé qué sentido tuvo para Carlos leerle traducida mi carta a su actual pareja. Se me ocurren distintos motivos, pero ninguno me satisface en lo profundo. ¿Ha sido el de utilizar la carta del amigo Armando como un argumento para justificar ulteriores actitudes tendientes a la ruptura con su pareja? Porque si no, ¿qué es lo que quiso que ella entendiera de esa carta? Tal vez me equivoque, pero creo vislumbrar en ello un acto más del 'yo'. Vale la pena observarlo, investigarlo a fondo junto con lo demás.

Buenos Aires - 11/06/91

Queridos Griselda y Carlos:

Nuestra amistad, que tiene sus bases en algo que excede en mucho lo meramente personal con sus cambiantes sufrimientos y placeres, se ha visto restringida últimamente al terreno de los acontecimientos que, desde hace bastante tiempo, están perturbando el sano equilibrio que ambos habían logrado en sus vidas.

En cartas anteriores —y en alguna charla telefónica— procuré enfocar las cosas sin perder de vista lo esencial que las contiene y abarca, intentando comunicarles lo más sencillamente posible este sentir. Pero las palabras son sólo palabras si no consiguen transmitir la sustancia vital que las promueve; y entonces todo tiende a volverse demasiado teórico y abstracto frente a sucesos que parecen muy reales y concretos. Este sentir mío es que nada que tenga que ver con las relaciones entre seres humanos, puede resolverse verdaderamente dentro del campo limitado por las imágenes, los pensamientos y las emociones centradas en el yo. Mientras una determinada relación muestra la amable cara del placer, ni siquiera se nos ocurre que allí haya algo que deba 'resolverse' —al contrario, disfrutamos de lo placentero, de lo que gratifica nuestros respectivos egos, y no nos hacemos preguntas al respecto. El problema empieza cuando la relación cambia su rostro amable por el doloroso, triste o desagradable rostro del conflicto. Ahí sí aparece algo que requiere ser 'resuelto'. Pero, ¿cómo? Por lo general (es prácticamente la regla) todo en nosotros busca recuperar aquel estado en que aparentemente no había conflicto. Pero no nos interesa mayormente investigar las raíces que sustentan el conflicto que ha surgido; lo que queremos es seguir viendo aquel amable rostro que la vida nos mostraba antes. No queremos acabar con el conflicto, aunque signifique perder el placer. Lo que nos importa es el placer; lo que nos molesta es el conflicto. ¿Qué pasaría si nos dijéramos que lo único que realmente importa es terminar con el conflicto?

Es posible que todo esto les siga sonando teórico y abstracto mientras ambos están acuciados por una situación que para ustedes es muy real y concreta. O sea, que Carlos sigue su vínculo con Rondha, y Griselda está a punto de iniciar un vínculo similar con X. Y los dos reconocen que esos vínculos, pese a sus facetas humanas pasionales o sentimentales, son en el fondo una mera cuestión de sexo. Acabamos de hablar por teléfono, querida Griselda, y yo me he quedado con la sensación de que es poco lo que he podido decirte. Sinceramente, veo la cosa muy difícil. ¿Y los hijos? ¿Pesan realmente ahí donde se gestan los impulsos, las apetencias, los deseos? ¿O es ése un territorio vedado para nuestros pequeños hijos necesitados, mucho más que sus padres, de seguridad y afecto? Toda la vida futura de ellos puede depender de eso. ¿Sólo pesan 'nuestras' necesidades, aisladas de las de ellos? ¿Es realmente tan, tan importante lo que demanda nuestra búsqueda personal de placer físico y psicológico? Sólo pregunto, queridos amigos, para que, de ser posible, también ustedes se lo pregunten. Pero que sea una pregunta en serio, a fondo. Una pregunta que penetre hasta los terrenos egocéntricos donde prospera nuestra desdicha humana —con todas sus momentáneas gratificaciones sometidas a la erosión del tiempo.

De modo que así están las cosas. ¿Qué se hace? No voy a 'aconsejarles' (no me vean en ese papel, por favor); sólo voy a exponerles mi parecer. Tomando en cuenta todo el panorama que me has presentado, Griselda, y viendo que esto no parece poder resolverse por 'la otra' vía —la de una comprensión holística que neutralice por sí misma los requerimientos más intensos de la vieja mente—, creo que no queda más que un camino (reitero, es mi sentir personal, nada más): Hace nueve meses que Carlos no "se decide" en su relación con R. Hay garfios muy fuertes que lo mantienen sujeto, y reconoce con honestidad que son fundamentalmente físicos, sexuales. No obstante, te quiere, tiene una afectuosa disposición hacia tu persona y, de no mediar ese imán que lo atrae tanto, ya se hubiera decidido por una 'vuelta al hogar' que significaría además, al menos por un tiempo, un alivio a la tensión generada por el conflicto con sus remordimientos (¿o no los tiene?), sus sentimientos de culpa, etc. Que sí, que no... la cosa no termina de decidirse, ni para un lado ni para el otro. Y ahora se introdujo un nuevo elemento que embrolla más (o no) la situación: Griselda, que también tiene lo suyo (sólo que de un modo diferente) se siente atraída —también sexualmente— por un hombre al que llamamos X. La flecha ya está disparada; aunque todavía no haya habido una relación 'completa', ahí están las imágenes, los impulsos secretos del inconsciente, las fantasías que recorren el cerebro, las venas, las glándulas, las hormonas. "Tal vez" —dice Griselda— "si Carlos volviera, si Carlos terminara con R..." ¿Entonces qué? ¿Griselda haría un esfuerzo de inhibición, se reprimiría, convertiría en un 'sueño imposible' lo que tanta realidad ha adquirido ya en su cuerpo y en su mente? Y está el otro aspecto: aun cuando Carlos dejara hoy a R, él mismo reconoce que el problema surgiría al cabo de un tiempo con A, B o C. ¿Entonces? ¿Griselda acabaría por considerar imperdonable y frustrante aquella renuncia a X? ¿Y se agregarían nuevos elementos de resquemor, rencores sordos, recriminaciones? Se podría seguir planteando infinidad de preguntas así. Pero vamos a hacerlo corto. Resumiendo: Carlos ha transitado ya la ladera ascendente de

su curva 'pasional', ha llegado al pico, y ahora está descendiendo naturalmente por la ladera opuesta. Griselda, en cambio, está naturalmente en la etapa del ascenso; aún no la ha completado, no ha llegado al pico ni ha iniciado su curva descendente. O sea, que las situaciones de ambos son distintas no obstante su similitud. ¿Qué se hace? ¿Quién renuncia, y a qué renunciaría cada uno de hacerlo ambos en este momento?

Pero ahí está la Vida, la Vida-Muerte, lo que ya se intentó comunicar en las dos cartas anteriores. Y ahí están los hijos, la vida de los hijos, el futuro humano de los hijos de ambos. R y X (si es que él los tiene) pueden mirar ese punto a su manera, pero G y C han tocado con la mente y el corazón ciertas cosas que no pueden eliminar del panorama como si fueran meras abstracciones verbales. Ojo, no digo "no deben", digo "no pueden". Hay un compromiso que excede los límites estrechos de sus respectivos egos, hay una responsabilidad que nada tiene que ver con lo social, con normas morales, familiares o de cualquier tipo. Tiene que ver con el hecho mismo de que son seres humanos y están vivos y sanos sobre esta tierra.

Y bien, voy al grano: Como están las cosas, siento que lo mejor —dentro de lo factible y sin forzar lo que no puede forzarse desde lo personal— sería que ambos volvieran a vivir juntos, aunque por ahora las cosas siguieran igual: C con R, y G con X. Quiero decir, que volvieran a ser, para los hijos, los padres que ellos sienten que están perdiendo como unidad. Entre ustedes no debería haber, por ahora, contacto físico alguno. Eso no ayuda, es contraproducente en estas circunstancias. Por supuesto, no dormirían (el simple dormir) juntos, no trampearían. Se respetarían profundamente, y recibirían con dignidad cada uno la situación personal del otro. Conversarían con absoluta franqueza, sin forzar nada, dejando que la vida misma fuera disponiendo las cosas fuera y dentro de ustedes. Confiarían totalmente en la vida con su Inteligencia. Desde luego, tanto R como X tendrían que 'aceptar' esta situación una vez que ustedes les explicaran las razones, las motivaciones profundas de la misma.

En una palabra, es cuestión de que convivan, de que se vean todos los días, todas las noches. De que vivan bajo el mismo techo con los hijos. De que se observen y observen sin juzgarse, compartiéndolo todo menos aquello que hoy los separa y aleja: el sexo. Y de que esperen a ver qué pasa. Tal vez se lleven todos una sorpresa.

Bien, éste es meramente un parecer del amigo de ustedes. Tómenlo a título de tal y, en todo caso, piénsenlo.

Los abrazo a ambos con el corazón.

Armando

Buenos Aires - Julio 27 de 1991

Creo, querido Carlos, que mi participación amistosa en el problema de ustedes, ya dio de sí cuanto podía dar. Después de escuchar con muchísima atención los dos casetes que me mandaste, veo que la situación, en vez de clarificarse humanamente, se ha ido deteriorando cada vez más. Si bien pareces aceptar mis cartas y dedicas a ellas emocionadas palabras de gratitud, el sentido profundo de esas cartas no ha ejercido acción alguna sobre los acontecimientos. ¿Qué más puedo decirles? Sostienes en la grabación que tu relación con K y la enseñanza (inmensa enseñanza de vida, agrego) continúa intacta. No lo entiendo así. La gran oportunidad que se les brindó a ambos, se ha ido frustrando con el correr de los días, de los años.

Somos, todos nosotros, el material donde lo incognoscible trabaja y, al establecer una relación profunda de afecto, de existencia compartida en todos los órdenes --hijos inclusive-- o bien acompañamos el trabajo <u>creativo</u> que eso contiene en potencia, o nos hacemos cómplices (es una forma de decirlo) de cuanto pudre y destruye a esta humanidad --y que también está contenido ahí en potencia. Todo eso trabaja, moldea, realiza su alquimia. Y nosotros <u>somos eso</u> en acción. Al mirarnos a nosotros mismos, al mirar al otro, al sentir y pensar determinadas cosas que nos alegran o nos entristecen, que nos hacen gozar o sufrir, <u>somos eso</u> en acción. Todas las grandes enseñanzas de la humanidad proceden de ahí, y lo que ellas hacen en nosotros procede de ahí. Más allá de nuestros nombres, de nuestras estructuras anatómicas o fisiológicas o psicológicas, <u>eso</u> es lo que somos cuando pensamos, sentimos y actuamos, cuando decimos "esto me gusta" o "esto no me gusta" o "aquello me gusta más que esto". Es la incognoscible alquimia operando en los alambiques y retortas de nuestros cuerpos y nuestras mentes. <u>Discernir</u> directamente en medio de eso, obrar con la energía y el impulso de lo verdaderamente creativo y purificador, es el reto a que nos enfrentamos como seres humanos.

Si esto que te digo, Carlos, es leído e interpretado sólo con el intelecto, no tiene valor alguno, es mera teoría. El cerebro urgido por las apetencias o resistencias psicológicas, determinará según su propia medida, y esa medida nada tiene que ver con la inteligencia. Esa medida dice, "yo y ella", "yo y él", "yo y el otro (o la otra)"... Ahí no cabe lo inmenso, el sentido verdadero del vivir humano. Esa medida sólo conoce sus propios límites de placer, temor y seguridad. De ahí saca todo, lo que conviene o no conviene, lo que atrae o no atrae, lo que proporciona o no proporciona placer y satisfacción. La inteligencia no compara; el cerebro con su medida compara siempre, lo compara todo, y siempre elige entre el 'más' y el 'menos'.

Dos <u>seres humanos</u> que han unido sus vidas y, además, las han prolongado en otras vidas de su propia sangre y carne, <u>no tienen derecho</u>, si es que afirman que la "enseñanza de K" posee para ellos un sentido, de considerar las cosas como las considera el resto del mundo caótico y despiadado en que estamos viviendo. No tienen el derecho de regirse por el "¡yo quiero eso!" que impera en el animalito humano que somos antes de alcanzar lo que llamamos madurez. Desde luego, "no tienen derecho" si es que afirman mirar un poco más allá y más profundo que la sociedad corrupta en que están sumergidos. De no ser así, pues buen provecho y cada cual a lo suyo, y todos contentos o desdichados según la cuota de placer o de sufrimiento que les toque en el mutuo "exchange" de contenidos egocéntricos. Por lo tanto, querido Carlos, querida Griselda: ¿de <u>qué</u> estamos hablando al comunicarnos, unos por casetes o teléfono, el otro por carta?

Los abrazo a ambos con mucho afecto. Y espero que ambos reciban el contenido de esta carta como un movimiento más intenso aún de ese afecto. Besos a Natalie y Gustavo.



<u>PD</u>: Por supuesto, una copia de esta carta puedes entregársela a Griselda.

Buenos Aires - Febrero 5 de 1992

Es bastante singular este sentimiento de que mis amigos de Australia tienen la solución al alcance de la mano, pero que al no verla se alejan de ella cada vez más. Por otro lado, ¿cómo puede uno transmitir esto que siente, de modo que no se diluya y pierda entre las palabras? Se intentó en las cartas, en las conversaciones telefónicas. Se intentó desde distintos ángulos, unos más felices que otros. Pienso que por algo me llama Carlos desde el otro extremo del mundo y habla conmigo una hora, y también lo hace Griselda por su parte... ¿Es que el amigo Armando puede realmente hacer un aporte efectivo a la solución del problema? Quizás muy en lo profundo de ustedes existe esa sensación, y quizá no sea del todo errada. No es que "Armando" pueda aportar algo, no es eso, pero se siente como si al hablarlo con él, al expresarle lo que les está ocurriendo a ambos, al fluir la comunicación afectiva podría generarse una apertura hacia un modo diferente de encarar las cosas --puesto que es indudable que este amigo de ustedes ve, o cree ver las cosas desde una óptica externa e interna muy diferente--. Pero ocurre que en el teléfono todo se vuelve demasiado trivial, no es el medio de comunicación más apto para tratar una situación de esta naturaleza. Para colmo, ustedes graban las conversaciones, y me temo que éstas, en lo que me concierne, sean una muy parcial expresión de mi verdadero sentir. Ayer se habló de sexo, de cuerpos, etc. Lamentablemente, los minutos telefónicos corren y uno no puede detenerse en cada punto a fin de no aislarlo verbalmente de lo total que lo contiene. Y entonces las cosas se fragmentan, se parcializan --que es lo contrario de aquello que se intenta comunicar.

Amigos, queridos amigos míos. La "pareja" humana es una cosa muy complicada, más complicada cuanto más enclaustrados están los que la componen en sus respectivos centros de personalidad: yo con lo mío, tú con lo tuyo, tú me das, yo te doy, tú me quitas, yo te quito... El cuerpo sólo sabe de hambre, sed, deseos y satisfacción de los mismos. Acepta lo que le satisface, rechaza lo que no le satisface. Es elemental, lineal, y no se aparta jamás de lo suyo. Y el cuerpo tiene su representación psicológica en el pensamiento con su yo. Se maneja a través del pensamiento: yo quiero, yo no quiero, me gusta, no me gusta, Fulano (o Fulana) me atrae, Zutana (o Zutano) no me atrae, etc., etc. Si un <u>ser humano</u> (que es potencialmente mucho más que su cuerpo) le concede al cuerpo poder de decisión, ese ser humano está en graves problemas. Lo advierta o no, está a las órdenes de su cuerpo y marcha a la deriva de los caprichos de éste. Esto que se dice no es nada nuevo ni original, es archisabido, pero cuando llega el momento en que lo sabido tendría que actuar de hecho y modificar las bases profundas del pensar y el sentir humano en la relación, el cuerpo se ríe de todo eso y es el que toma las decisiones, el que hace de nuestra vida un estropicio de sufrimientos y conflictos (adornados de vez en cuando por algunos cortos intervalos de placer). En última instancia, el que manda siempre es <u>el cuerpo</u>. Y tiene un instrumento formidable: el sexo. Y una "pareja" humana que ha ido dejando a sus respectivos cuerpos (con sus yoes o cuerpos psicológicos) las decisiones acerca de lo que cada uno siente o quiere o no quiere o considera apetecible o no, atractivo o no, etc., esa pareja es una sociedad de dos personas en conflicto alternado o continuo. Y cuando llega la ocasión, las decisiones que toma el cuerpo, sexo mediante, se consideran válidas y las únicas posibles. Si el sexo dice "sí" es sí, si el sexo dice "no" es no. Y a la rastra del sexo van los que se consideran "dueños" de las opciones y las decisiones al respecto. La pregunta es: lo que el cuerpo con su sexo determina como real, <u>¿es</u> real? ¿Puede considerarse humanamente real el producto de un mero fragmento compuesto de necesidades elementales en búsqueda permanente de satisfacción (poe su puesto, con las consabidas "dramatizaciones" mentales a cargo del emocionalismo, del romanticismo, etc., todo supeditado al amo absoluto del campo psicológico). Y la otra pregunta: si la "pareja" está compuesta por dos <u>seres humanos</u> que la Vida atrajo entre sí y unió a través de los años, y si ambos <u>comprendieron</u> algo a través de esa unión, ¿puede ser que los cuerpos con sus sexos, <u>no</u> se comprendan? Imposible. Podrán suceder cosas, accidentes del vivir, hasta cataclismos psicológicos, pero si esos dos seres humanos han comprendido verdaderamente algo, los cuerpos integran gozosamente esa comprensión. Lo nuevo, lo creativo, está ahí y actúa. No sé si soy claro. Hay cosas difíciles de poner en palabras, y el lenguaje se vuelve a veces metafórico, pero la expresión verbal apunta a algo real, concreto, nada abstracto ni teórico.

Lo dije en otras oportunidades. Nos conocimos a través de la que quizá sea la más grande enseñanza de Vida que tuvo la humanidad. Mi insistencia en que no perdieran contacto con ella, en que la integraran como acción fundamental del vivir cotidiano, tenía su profunda razón de ser. Si uno no ha encontrado el rumbo correcto y tiene conciencia de que <u>no</u> lo ha encontrado, el diálogo silencioso con la enseñanza puede ayudar. Y si la "pareja" está formada por dos seres humanos profundamente interesados en no desperdiciar la preciosa vida que están viviendo, ellos pueden <u>compartir</u> algo más --muchísimo más-- que las cambiantes compulsiones de sus respetivos cuerpos físicos y psicológicos. Entonces tiene sentido el "matrimonio", tiene sentido el haberse conocido en Rosario, Argentina, y haber ido a parar a Canberra, Australia, en pos de mejores condiciones económicas. Pero para ello hace falta tomarse <u>en serio</u> lo que es verdaderamente serio, y no tomarse tan en serio lo que no lo es. Sólo el cuerpo con su yo puede equivocarse acerca de lo que es o no es serio en la vida humana. Si no interfiere, no hay posibilidad alguna de error. La inteligencia no confunde lo serio --lo fundamental, lo esencial-- con lo que no lo es.

Y ahí creo que está la solución, queridos amigos. Dejar que la inteligencia actúe, no interferirla. No hay verdadero amor sin inteligencia. A esta altura de sus vidas, el camino no son las salidas, los paseos con los hijos o sin los hijos, ni acción alguna aislada de una totalidad humana. Siempre llegarán a callejones sin salida. ¿Por qué no se sientan frente a frente, serios, maduros, e intentan comprender lo que aún no parecen haber comprendido? ¿Por qué no lo intentan, entre los dos? Sin dejar a sus cuerpos el poder de decisión. Tal vez descubran que los cuerpos no pueden sino acompañar aquello que los supera inmensamente. Se trata de ampliar el panorama, de ampliar la visión, no de reducirla. No planear, no calcular conveniencias --todo eso es cosa del cuerpo--. Abrirse a la Vida, no cerrarse en torno a los respetivos centros de personalidad. Mandar al diablo "lo tuyo y lo mío", no perder un día más en pequeñeces.

En fin, esto es lo que siento. Ojalá pueda comunicarles algo. Los quiero a ambos y los estrecho contra mi corazón.



Buenos Aires, 28/10/92

Querida Griselda: Tu carta fechada el 17/09, lleva sello del Correo de Canberra del 1/10 y llegó a Buenos Aires el 13/10, o sea, hace unos quince días. Los dejé pasar porque realmente no sabía de momento qué contestarte a lo que me planteas en ella. Si algo escrito pudiera ayudar en tal sentido, prácticamente no hay libro de Krishnamurti que no se haya ocupado a fondo del problema del temor como raíz de casi todos nuestros problemas psicológicos. A ese respecto es muy poco lo que puedo agregar. Sabes tan bien como yo que esta cuestión puede encararse sólo de dos maneras: la psicoanalítica con todas sus distintas escuelas, pero siempre hurgando en los recovecos más ocultos de la mente personal a fin de sacar a luz los miedos engendrados desde el vientre materno (para no ir más atrás) hasta el momento en que se acude al profesional. A veces, y en términos parciales de supervivencia familiar, social, laboral, etcétera, se obtienen ciertos resultados. Se descubren y analizan fobias, terrores infantiles no resueltos... suele ser entretenido y hasta gratificante para nuestro ego volverse un "conocedor" intelectual de sí mismo. Si se persevera bastante tiempo, hasta nuevo aviso el temor particular que nos llevó al diván o al grupo terapéutico, se retrae y hay cierto alivio de la presión. Ésta es una manera. La otra, cuando advertimos que el temor que nos perturba y todos los otros temores que esperan turno para presentarse, forman parte de una densa nube de "desconocimiento propio" que nos impide romper con un tipo de existencia que sentimos totalmente confuso, vacío, carente de un sentido real. Allí nada tiene que hacer el psicoanalista (aunque crea que sí), puesto que él mismo está inmerso —y no lo sabe— en esa densa nube que distorsiona toda nuestra perspectiva de la vida, incluidos temores, angustias, anhelos de seguridad, de placer, sufrimientos por no poder satisfacerlos todos, falta de verdadero amor, etcétera.

De pronto, de todo eso (y mucho más) sale a la superficie un determinado temor, una determinada inseguridad que pone una nota de inquietud en un panorama que, en todo lo demás, se presenta promisorio. Las cosas van bien, los chicos bien, el sexo bien, el trabajo bien, la relación es buena... pero... está esa espina que perturba e impide que todo sea "perfecto". Pues uno se arranca la espina y ya está. ¿De qué tiene miedo la amiga Griselda? ¿De las "reacciones" de Carlos, de algunos rasgos ásperos de su carácter? Tengo entendido que cosas "peores" no hay. ¿Entonces? Entonces es una cuestión psicológica tuya, es el modo como tu mente opta ante una realidad. Opta por tener miedo. Igualmente podría optar por no tenerlo. Pero hay una rutina mental: tener miedo; y entonces el pensamiento con sus emociones se desliza por surcos preestablecidos llamados "miedo".

¿Cómo se soluciona esto? Lo pequeño que no sirve es siempre absorbido y disuelto por lo grande que sirve. Es ley. Pero para que esa ley opere, tiene que haber en nosotros percepción y acción de "lo grande". Si no, estamos perdidos: hoy es una cosa, ayer fue otra y mañana será otra. Pero será más o menos lo mismo. Cuando las pequeñas cosas de nuestra mera supervivencia física y psicológica "van bien" en general, lo único que nos preocupa es que, entre esas pequeñas cosas, hay una o dos que todavía no ensamblan del todo, si no, todo sería óptimo. Lo creativo se nutre de todo lo que nos pasa, "bueno" y "malo".

Griselda, Carlos; mi intervención afectiva en la vida de ustedes jamás apuntó a un mero arreglo matrimonial, hijos, etcétera. Es una parte. Creo que en mis cartas eso está bastante claro. Pero realmente, no es sólo eso. Había allá una vida posible que estaba siendo amenazada en sus profundos cimientos humanos de amor e inteligencia, por perturbaciones temporales que ustedes veían "terribles", pero que uno percibía fácilmente solucionables con sólo un poco de verdadera racionalidad, discernimiento y afecto. La Vida se movió, afortunadamente, en ese sentido, y en su movimiento estuvo incluido este amigo de ustedes con sus cartas, conversaciones, etcétera. Ahora se ha recuperado el equilibrio perdido, aunque sea en forma todavía precaria. Disfruten, gocen este período de bonanza, pero no olviden que "algo" está siempre mirando. Acompañen esa mirada, sean solidarios con ella. Miren juntos el cielo y la tierra, miren juntos la vida, miren juntos la muerte. En eso se disuelven cotidianamente los miedos, las suspicacias, los estados de ánimo, las depresiones, las broncas, las insignificancias. Juntos. Es el secreto, la clave. Para eso pasaron por lo que pasaron.

Te abrazo, abrazo a Carlos. Besos a Gustavo y Natalie.

[signature]